

## CULTURA

# Una traducción para sacar a Dumas del purgatorio

Una nueva edición de 'El conde de Montecristo' revaloriza la novela

PAULA CORROTO, Madrid Edmond Dantès se pasó 13 años en una prisión del castillo de If, condenado por un delito que no cometió y engañado por quienes consideraba sus amigos. Y más de un siglo estuvo *El conde de Montecristo*, la novela en la que este personaje desarrolla sus aventuras, escrita por Alejandro Dumas en 1844, condenada al ostracismo del folletín. No entró en la famosa Pléiade hasta los años sesenta del siglo XX y no tuvo su primera edición en esta colección hasta 1981. Tampoco le ayudaron las reediciones, ya que la primera realmente completa y que más se atiene al original fue realizada por el especialista en Dumas Claude Schopp en 1993. La traducción

visada por el autor y que acumulaba un desaliño inevitable en una producción de tipo industrial", afirma. Además, había un motivo añadido, ya que, para el traductor, el haberse convertido en un producto pop —se ha adaptado al cine y a las series de televisión—, no ha jugado a su favor; al contrario, ha minusvalorado la obra y a su autor. "Quería sacarlo del purgatorio de la literatura popular para situarlo en el de la gran literatura, como ocurrió en su día con Simenon, con quien comparte algunas características comunes, aparte de una larga exclusión del Parnaso: la energía del genio y la desmesura", añade.

*El conde de Montecristo* es una novela monumental. Abarca el periodo del bonapartismo y los reinados de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe I de Francia. Refleja con meticulosidad el sistema financiero, político y social de la Francia de aquella época.

## Una radiografía

Como buena novela de aventuras, bulle la acción folletinesca. Y debajo de toda esa capa histórica, de los avatares de Dantès en la isla de Montecristo y su regreso a Marsella para ejercer la venganza, hay, como dice Sureda, "una radiografía sobre el carácter del ser humano: la generosidad, la venganza, la razón, la ética y las confidencias, además de un mensaje contra la maldad. Nos lleva a mirarnos como seres humanos desnudos, porque no somos ni buenos ni malos". Por este motivo, hasta Gabriel García Márquez reconoció que esta hubiera sido la novela que le hubiera gustado escribir.



Alejandro Dumas, en 1855. / NADAR

italiana rigurosa no llegaría hasta 2014, elaborada por Margherita Botto. Y la española acaba ahora de ver la luz de la mano del traductor José Ramón Monreal y la editorial Navona. Demasiado tiempo para una de las novelas más universales del canon occidental.

Esta nueva traducción al castellano, que parte del texto fijado por Schopp, fue precisamente un reto que Pere Sureda, editor de Navona, le propuso a Monreal. El editor la había leído en su juventud y cuando la retomó ya de adulto observó multitud de defectos en las ediciones que ya existían en castellano. "Es la mejor novela de Dumas, pero me di cuenta de que había cuestiones de construcción, repeticiones y traducciones demasiado literales a la época", comenta Sureda. Monreal tomó el testigo y se puso a investigar las mejores fuentes para eliminar "lapsus propios de una literatura de urgencia semanal, que raramente era re-

valorada por el autor y que acumulaba un desaliño inevitable en una producción de tipo industrial", afirma. Además, había un motivo añadido, ya que, para el traductor, el haberse convertido en un producto pop —se ha adaptado al cine y a las series de televisión—, no ha jugado a su favor; al contrario, ha minusvalorado la obra y a su autor. "Quería sacarlo del purgatorio de la literatura popular para situarlo en el de la gran literatura, como ocurrió en su día con Simenon, con quien comparte algunas características comunes, aparte de una larga exclusión del Parnaso: la energía del genio y la desmesura", añade.

Esta nueva traducción ofrece algunos cambios para los que ya la hayan leído. Desde la primera frase, la mítica "el 24 de febrero de 1815", que se ha cambiado por "el 28 de febrero de 1815". El traductor también la ha acompañado de notas para aclarar hechos de la crónica contemporánea, como escándalos periodísticos, nombres de personajes políticos y actrices célebres de la época con el fin de realzar el contexto histórico, sociológico y lingüístico. En definitiva, como afirma Monreal, un trabajo escrupuloso para "separar un poco el metal precioso de la ganga".

## DON DE GENTES



Vista aérea de la cárcel Modelo de Barcelona. / JOAN SÁNCHEZ

# Navidad en la cárcel

## ELVIRA LINDO

Entregamos los móviles en la garita de entrada y esperamos nuestro turno junto a los familiares. Madres y novias, sobre todo. Madres y esposas. Mujeres en su mayoría. Entramos recorriendo un pasillo, tan largo que parece un túnel. El patio queda a la derecha. Patio es una de las palabras más evocadoras de nuestra lengua, pero el patio de la cárcel es un espacio desarbolado, desabrido, desangelado. La última vez que estuve fue en verano. El frío lo vuelve todo más inhóspito. El frío presenta la vida en crudo. Trato de imaginar en qué se detienen los ojos cuando se pasea a diario por un espacio vacío entre cuatro muros. ¿Son los recuerdos que inundan la mente o es más consolador perderse en un futuro que ha de llegar dentro de cuánto, de cuatro, de seis, de ocho años?

Qué pronto se anima la buena gente que se mueve a diario en libertad a desearle a un condenado varios años más de reclusión. Cualquiera condena es ridícula cuando se es libre; sin embargo, al entrar en una cárcel, aunque sea de visita, percibe uno la espesura amorfa del tiempo. Esto es el Purgatorio, en el mejor de los casos. El otro día escuchábamos en la SER a la ex directora general de prisiones, Mercedes Gallizo, decir que la vieja frase, "que se pudra en la cárcel", se ha transversalizado. Ahora la pronuncia de la derecha a la izquierda, según el delito en cuestión nos ofenda más o menos. También afirmaba, con inusitada valentía para el signo de los tiempos, que muchos de los que están dentro bien podrían estar fuera si las condiciones sociales les hubieran sido favorables.

Acompañé en esta fría mañana de sábado a los voluntarios de LOVA (La Ópera como Vehículo de Aprendizaje). Llevan años desembarcando en centros educati-

vos o sociales para enseñar a niños o a presos a levantar un proyecto musical. Enseñan a hacer. Crean compañías eventuales donde unos serán técnicos y otros artistas. Como en el teatro. Hoy venimos a ver la obra creada por los presos del módulo terapéutico de Madrid III, en Valdemoro. El profesor jubilado Miguel Gil ha ido guiándolos desde hace meses para que hoy se atrevan a salir al escenario a representar la obra *Vaya corte*. Miguel es uno de esos maestros vocacionales e incombustibles que siguen prestando servicios a la comunidad mientras otros estarían descansando de la esforzada vida de la enseñanza. Hoy viene de público y se sienta a mi lado en el patio de butacas, nervioso, como si fuera un padre en una función escolar. Todo el mundo está inquieto. Es un día grande.

Las madres, siempre fieles. De ahí esa mitificación del preso hacia la madre

El tiempo se estanca para quien no posee la llave que abre y cierra su casa

chas de un coro góspel se han prestado a hacerles los coros y la mezcla entre la falta de pericia de ellos y la profesionalidad de ellas tiene un efecto chocante y luminoso. Es algo que, de pronto, transforma el ambiente y lo inunda de optimismo. Es el efecto milagroso de la música. A veces se diría que es un rap; otras, un blues, y en ocasiones un *reggae*. Es como si se hubieran inventado un ritmo a su medida. Cualquier actor sabe lo que cuesta una noche de estreno exponerse en cuerpo y alma. Porque en escena hay que poner lo más íntimo, el físico, eso que parece que siempre está a la vista hasta que nos subimos a un escenario y lo sentimos desnudo. Usted, que me está leyendo y sólo actuó en una función escolar, hágase a la idea. Imagine por un momento cuánto valor ha de reunir aquel que tal vez no ha verbalizado en su vida lo que siente y piensa, y teme ver mermada su masculinidad o distorsionada la imagen que los demás tienen de él.

Aplaudimos. En el escenario, ahora, saludando, todo el módulo. Aplauden las madres por amor. Son las siempre fieles. Las que nunca fallan. De ahí esa mitificación del preso hacia la madre y la soledad desesperada de quien carece de su consuelo. Aplauden los voluntarios, y también yo, que confirmo el poder terapéutico del teatro. La sala se va despejando. Este será el único día de Navidad en que habrá un almuerzo común para presos y familiares. A la salida, recogemos nuestros móviles. Volvemos al mundo. Y mientras vamos abandonando el paisaje desolado que circunda la cárcel pensamos en aquellos otros, los libres de pecado, a los que cualquier pena parece poca. No saben lo canalla que es el tiempo: vuela para los felices y se estanca pegajoso y cruel para quien no posee la llave que abre y cierra su casa.